

mis preceptos, mi doctrina, mis exhortaciones son de Dios. El pecado no deja de serlo, porque yo lo cometa, y aunque todos los ángeles del cielo vinieran á enseñaros lo contrario, no debierais creerles.

Las culpas pues de los sacerdotes no deben impedir que los fieles reciban con sumision y docilidad sus instrucciones. Así lo hacen los que procuran imitar á su divino Maestro. Estos echando un denso velo sobre los pecados ajenos, ó recordándolos solo para llorarlos, se persuaden de que en los labios del sacerdote reside la verdad y la sabiduría; que por sus palabras se manifiestan los preceptos de la ley, y que por su boca les habla el Dios omnipotente, absoluto dueño de todas sus potencias y talentos. El soberbio, por el contrario, aunque sea un prodigio de virtud el que le habla, se resiste á dar asenso á sus expresiones, sin examinarlas primero con toda escrupulosidad en el tribunal de su razon; y si no se conforman con sus luces ó con sus deseos, se vale de cualquier pretexto para desecharlas, para impugnarlas, y aún para proferir contra ellas mil dicerios, por mas que se le asegure ser palabras de su Dios.

Alejád, Señor, de nosotros el espíritu de la soberbia. Ya que tanto os habéis humillado por nuestro amor, como lo manifiestan ese adorable sacramento y ese madero infame, hacédnos humildes y mansos de corazon: infundid á vuestros sacerdotes los auxilios sobrenaturales que necesitan, para desempeñar dignamente los altos deberes de su ministerio, y á los fieles la docilidad indispensable, para que se dejen dirigir por el camino de vuestros mandamientos. De este modo se persuadirán los cristianos de que no es un pecador, como yo, el que les habla, sino vos mismo, que sois el Santo de los santos, el Dios de la santidad, el Unigénito del eterno Padre, el que les dice por tantas bocas cuantas son las heridas que abrieron en su cuerpo sacratísimo los azotes, que vos habéis sido quien ha instituido en la Iglesia los sacerdotes, para que promulguen vuestra ley y les declaren vuestra voluntad; y despreciando la conducta escandalosa de estos, obedecerán sus exhortaciones y se encaminarán por la senda que ellos les describen, al término feliz de la bienaventuranza. Amen.

SERMON

SOBRE

LA VOCACION.

PARA EL MIÉRCOLES DE LA SEGUNDA SEMANA
DE CUARESMA (1).

(DE MASSILLON.)

Tunc accessit ad Jesum mater filiorum Zebedæi cum filiis suis, et ait illi: dic ut sedeant hi duo filii mei, unus ad dexteram tuam, et unus ad sinistram in regno tuo.

Entónces la madre de los hijos del Zebedeo se acercó á Jesus con sus dos hijos, y le dijo: mandád que estos dos hijos míos se sienten en vuestro reino, uno á vuestra derecha, y otro á vuestra izquierda.

S. Mateo, c. 20, v. 20 y 21.

¡Qué pocas veces sucede, católicos, que la naturaleza convenga con la gracia, y que los fines de la Fe sirvan de regla á los proyectos y deseos de un amor absolutamente humano! Esta madre solamente pide para sus hijos una gloria y una grandeza temporal; sus deseos de verlos unidos á Jesucristo no eran mas que por las esperanzas de que algun dia ocupasen los primeros puestos de un reino terrestre; les dispone destino á medida de su gusto, sin atender á si los divinos decretos son conformes á la temeridad de sus esperanzas; no consulta mas que á los excesos de su maternal amor; y sin reflexionar si la elevacion en que quiere colocar á sus hijos, es el estado que Jesucristo les tiene preparado, los ensalza y quiere sentarlos por sus propias manos sobre unos tronos imaginarios, y usur-

(1) En la pág. 24 del tomo tercero de los sermones de *Mision* se ha puesto uno para este dia, que trata de los gravísimos daños de la soberbia.

pa los derechos de Dios, que es el único árbitro de la suerte de los hombres.

Sí, católicos, solamente Dios que ve nuestros corazones, y que desde el principio ha señalado el camino por donde quiere conducirnos, es quien puede inspirarnos la eleccion; á él solo pertenece llamarnos al estado, en que nos ha preparado en sus eternos consejos los medios para nuestra salvacion; á él solo debemos consultar en un negocio, en que él es el único que nos puede iluminar y guiar. Las costumbres, las pasiones, las circunstancias de la riqueza, del puesto, del nacimiento, que son las que regularmente tienen mas parte en la eleccion de estado, son unas guias falaces, que casi siempre son causa de que nos engañemos; y como el engaño en esta materia es el mas irreparable de todos, os quiero manifestar hoy las reglas de la Fe en un punto tan importante de la doctrina cristiana.

Es verdad que la mayor parte de los que me oyen, ya han hecho eleccion de estado, por lo que no les es permitido elegir otro nuevo; pero me parece que no será inútil el manifestarles, en el defecto de la vocacion, la primera raíz de sus infidelidades á las obligaciones de su estado, ó para que enmienden con abundantes lágrimas la imprudencia de su eleccion, ó para que respetando el orden de Dios en los diversos caminos que ha señalado á los hombres, no se hagan árbitros de la suerte de sus hijos, que está en las manos del Señor.

Este pues es todo el asunto de mi discurso. La eleccion de estado es entre todas las circunstancias de la vida, en la que con mas frecuencia se introduce el engaño. La eleccion de estado es entre todas las circunstancias de la vida, en la que mas debe temerse el engaño. Lo raro de una vocacion verdadera, y los peligros de una vocacion falsa, son los puntos en que pretendo instruiros. Imploramos, etc. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

La santidad es la general vocacion de todos los fieles; y *el Señor nos ha llamado á todos*, hablando con el Apóstol, *para que seamos santos y puros en su presencia.* No obstante el camino para llegar á este feliz término no es uno mismo respecto de todos los hombres; esta vida es una tierra extraña, en donde hay diferentes é infinitas sendas, por las que caminamos

todos nosotros, como pasajeros, hácia la celestial patria; pero no podemos caminar con seguridad, sino cuando la mano de Dios nos ha colocado en ellas.

Y á la verdad, católicos, la razon y la Fe nos prohiben igualmente el pensar que el Señor, despues de habernos llamado á la luz del Evangelio, haciéndonos nacer de padres fieles, no ha querido mezclarse, por decirlo así, en nuestra suerte; y que sin determinar cosa alguna en orden al género de vida y al estado en que queria que obrásemos nuestra salvacion, nos ha dejado de tal modo en manos de nuestro consejo, que haya fiado únicamente á nuestro capricho una eleccion tan decisiva para nuestra eternidad.

Dije primeramente, que es contra la razon; porque esto sería figurarnos, como algunos locos filósofos, que la divinidad es insensible, que deja al acaso y á la ventura el cuidado de las cosas de la tierra; que no tiene en sus manos las suertes de los hombres; que sigue el curso de las revoluciones humanas, sin darles ella misma el movimiento; que se deja llevar del impulso casual y fortuito; que mueve á este grande universo, sin gobernarlo ni guiarlo; y que mas es esclava, que gobernadora de los sucesos. Sería quitarle aquella atenta providencia y aquella universal sabiduría, que dispone de todo desde el uno hasta el otro extremo de la tierra, con peso, con número y con medida; que forma aquella armonía y aquel orden admirable, en el que es preciso conocer un Ser supremo é intelectual, que por unos inexplicables caminos lleva todas las cosas á su fin. Seria, en una palabra, ó darnos un universo de hombres sin Dios, ó un Dios mas flaco y despreciable que el hombre.

Dije en segundo lugar, que es contra la Fe; porque la eleccion de los justos no es mas que la eterna disposicion de los medios que deben infaliblemente libertarlos; y siendo el principal de estos la eleccion de estado, debió sin duda incluirse en aquella voluntad misericordiosa, que les ha preparado los caminos seguros para la salvacion; y por otra parte, debiendo tambien servir la suerte de los malos, en los designios de Dios, para mil secretos fines en orden á la salud eterna de los justos, debió tambien entrar en el plan eterno de su justificacion, y ser igualmente decretada desde el principio, como la misma suerte de los escogidos. Es pues indubitable, que ántes que naciósemos habia señalado el Señor para cada uno de nosotros el

plan de nuestras suertes y el camino de nuestra eternidad, por decirlo así; que entre los muchos caminos que forman las diversas condiciones de la sociedad, no hay mas que uno para nosotros, y que aquel es por donde Dios quiere salvarnos.

No obstante lo cierto de estas verdades, es indubitable que las mas veces no es el camino que nosotros nos escogemos, el que Dios nos habia preparado desde el principio, y que entre todas las circunstancias de la vida, en ninguna es el engaño mas frecuente que en la eleccion de estado. Vosotros, católicos, seréis de este mismo dictámen, si queréis considerar la naturaleza de esta eleccion y las esenciales circunstancias que deben acompañarla. Primeramente, las pasiones y la preocupacion hacen que en este punto sean mas frecuentes los engaños, y nunca pueden ser excesivas la circunspeccion y madurez en este particular. En segundo lugar, esta eleccion depende de los fines de Dios para con nosotros, y así no debe decidir de ella el órden de la naturaleza. En tercer lugar, tambien depende de ella la felicidad y descanso de nuestra vida, y así es preciso atender en esta eleccion á nuestro gusto, mas que al ajeno, y nunca contar con el respeto humano. Finalmente es el único camino que nos guia á la salvacion, y así el principal cuidado de esta eleccion deben ser las felicidades y provechos que nos pueden resultar en órden á nuestros eternos intereses. Ahora bien, católicos, ¿dónde están los que en la eleccion de estado observan todas estas condiciones? Pues inferid qué engaños no habrá en ella. La inconsideracion, la costumbre, el respeto humano y la concupiscencia son el peso que hace inclinar la balanza en los diversos destinos de los hombres; y si queremos registrar los primeros fines que decidieron de nuestra vocacion, acaso no habrá entre los presentes quien no halle su principio en alguna de estas venenosas raíces.

Y primeramente, católicos, ¿hay asunto en toda nuestra vida en que se necesite de mas madurez, de mas cuidado, de mas atencion, que en esta eleccion de que hablamos? ¿Qué conocimiento no debe tener uno de sí mismo, para que las inclinaciones no desapruében despues la resolucion? ¿Qué continuas y fervorosas oraciones no debieran preceder á esta grande accion, para que el Señor se dignase manifestarnos sus caminos? ¿Con qué inocencia de costumbres no debiéramos prepararnos para inclinar al cielo con estas santas primicias de

nuestra vida, á que él mismo nos colocase en aquel camino, en que únicamente podemos concluir con felicidad nuestra carrera?

No obstante esta eleccion suele hacerse en una edad, en la que apenas se halla la razon capaz de conocer, y por consiguiente mucho ménos de elegir. Un punto en que la mas atenta circunspeccion debiera temer el engañarse, siempre es obra de las diversiones y de los gustos pueriles de la infancia; apenas empezamos á formar las primeras voces, cuando ya determinamos el negocio mas serio de la vida; y las irrevocables palabras que deciden nuestra suerte, son las primeras que nos enseñan á formar, aún ántes que hayamos aprendido á entenderlas; acostumbran anticipadamente á nuestro tierno entendimiento á estas ideas que le sugieren, y la eleccion de estado no es mas que una impresion recibida desde la niñez; y así ántes que se manifiesten nuestras inclinaciones y que sepamos lo que somos, entramos en unas obligaciones eternas, y determinamos lo que hemos de ser para siempre.

Y aún cuando se espere á una edad mas madura para elegir estado, tampoco son mas serios los cuidados que en esto se ponen, sino que regularmente la ocasion ó la casualidad deciden de la eleccion. Una dignidad eclesiástica que no esperábamos, nos despoja inmediatamente de la ignominia del siglo, y nos coloca en el lugar santo: la muerte de un hermano mayor muda nuestros intentos, y nos vuelve al mundo que acabábamos de dejar, y nuestra vocacion para el altar espira á proporcion que vemos renacer nuevas esperanzas en la tierra: un enfado es muchas veces todo el motivo de apartarnos repentinamente del mundo y de precipitarnos en el retiro: una conexion de amistad nos hace seguir la fortuna y la suerte de un amigo; finalmente entre todas las elecciones ninguna hay en que tenga ménos parte la prudencia cristiana que en la del estado, y por eso no hay otra en que sean mas frecuentes los engaños. Porque ¿cómo no queréis engañaros en una eleccion tan grave y decisiva, cuando en ella os valéis de ménos precauciones, que en las acciones mas insignificantes de vuestra vida? Y ¿cómo habéis de conocer los designios de Dios en órden á vuestra suerte, si no os dignáis de consultarle, ni contáis con su Majestad en la que os formáis á vosotros mismos?

Y en esto, católicos, vosotros á quienes Dios ha constituído

cabezas de vuestras familias, en esto no tenéis excusa. ¿Enseñáis á vuestros hijos á que desde su tierna edad hagan al Señor aquella oracion del Profeta : *Señor, enseñádme vuestros caminos, y manifestádme las sendas por donde me queréis guiar?* (1) ¿Pedís al cielo continuamente que se explique en orden á su destino? ¿Decís al Señor, como en otro tiempo los apóstoles : Señor, vos que conocéis el corazon de todos los hombres, manifestádnos cuál de estos hijos habéis elegido? *Ostende quem elegeris* (2). ¿Hacéis que su tierno entendimiento se dedique á contemplar lo importante de esta eleccion? ¿Les dais suficientemente á conocer que de ella depende su salud eterna, y que nunca pueden ser demasiadas las precauciones en un asunto en que son irreparables las faltas? ¿Les enseñáis á que juzguen de la vocacion del cielo, no por las locas costumbres del mundo, sino por las reglas de la Fe, por aquella inclinacion á cierto estado, que nace con nosotros mismos, y que parece nos la imprimió el Autor de la naturaleza; por las disposiciones naturales que parece nos destinan á él; por las impresiones de la gracia que no cesa de aficionarnos á él secretamente; por la pureza de los motivos que nos determinan á abrazarlo; por la naturaleza de nuestras inclinaciones, que nos minoran en él los peligros; y finalmente por el consejo de aquellos á quienes confiamos nuestra conciencia, y que conociendo lo íntimo de nuestra alma, se hallan con mas proporción para poder conocer los caminos que nos convienen? ¿Qué padres hay que se ocupen en un cuidado tan cristiano é indispensable? Ah! ántes procuran no dar á sus hijos unas instrucciones de las que les pesaria que se aprovecharan; procuran apartarlos de los lugares y de las personas donde pudieran recibirlas; siempre les están exagerando los inconvenientes del estado que se opone á los intereses de su casa, y ponderando las utilidades y contentos de aquel á que los destinan; y solamente se valen de sus pasiones, para inspirarles una eleccion que les debiera servir para vencerlas.

Segunda raíz de nuestros engaños en la eleccion de estado. Esta eleccion que únicamente depende de los fines de Dios para con nosotros, por lo comun solamente es obra de la naturaleza. No se atiende á otra señal de vocacion, mas que á la clase

(1) *Psalm. 24. v. 4.* (2) *Act. c. 1. v. 24.*

del nacimiento ó al estado de la fortuna : nos persuadimos á que en estos sucesos, puramente humanos, ha delineado Dios el plan de nuestro eterno destino ; que el ser primogénito de una familia, es lo mismo que haber sido escogido del cielo para suceder en los títulos y dignidades de nuestros mayores ; que el ser el segundo de la casa de nuestros padres, es un derecho que nos abre la puerta de la del Señor ; y que un nacimiento muy ilustre con una mediana fortuna, es una precision inevitable de escoger á Jesucristo por su esposo.

Confieso que la divina sabiduría se vale algunas veces de estas señales humanas para manifestarnos desde léjos, y cumplir en nosotros los fines de su misericordia ; que las circunstancias del nacimiento, del nombre, de la fortuna, pueden ser medios adorables que nos preparó su bondad desde el principio de los siglos, para facilitarnos la eleccion del estado á que nos destina, y que muchas veces nuestra situacion temporal es la primera gracia que nos dispone para la eternidad ; pero esta regla no es segura ni universal. Muchas veces un Jacob es llamado á las bendiciones de la primogenitura, al mismo tiempo que á Esaú se le destina la menor parte : muchas veces un David, último de su familia, es ungido con la unción santa, y declarado rey de Israel, al mismo tiempo que sus hermanos, con prendas mas estimables á los ojos del mundo, quedan en una condicion oscura y privada : muchas veces un Aaron, no obstante su mayor edad, es llamado al sacerdocio, y Moises su hermano menor, es declarado del cielo por jefe de los ejércitos del Señor. Ah! ¿qué conexión puede tener la vocacion, que es un don gratuito del cielo, con el curso inevitable de una descendencia carnal? ¿Qué conexión puede haber entre los intereses sensuales y los incomprensibles misterios de la gracia? ¿Por ventura ha sujetado Dios sus eternos designios de misericordia al capricho de las disposiciones humanas? ¿Las prendas propias para un estado están siempre unidas al orden del nacimiento de las familias? ¿El gusto que nos inspira la eleccion, viene acaso con la jerarquía del nacimiento? ¿Ha formado la naturaleza el corazon de los hermanos menores mas puro ó apto para cumplir con las santas y sublimes obligaciones del sacerdocio, que el de sus hermanos mayores? Dios mio, vos no sois en vuestras elecciones esclavo de las ideas y antojos de los

hombres; no sois un Dios de carne y sangre, ni procedéis en vuestras obras como los hombres.

Pero me diréis que es imposible poder colocar en el mundo toda una familia numerosa. Ah! y ¿es posible, católicos, que por no dividir vuestros bienes hayáis de sacrificar á vuestros hijos, al fruto de vuestras entrañas? Pero diréis tambien, que sería cosa lastimosa el verlos afrentar su familia, y seguir un partido poco decente á su nacimiento. ¿Con que vuestros hijos ó han de ser grandes segun el mundo, ó reprobados en la presencia de Dios? ¿No ha de haber para ellos mas que uno de estos dos destinos? ¿Una fortuna mediana os ha de parecer mas funesta que su eterna desgracia? Serian desgraciados en el mundo; ¿pero os parece nada el que lo sean en la eternidad? La verdadera desgracia consiste en no colocarse cada uno en el estado que le conviene. Si decís que de este modo se arruinan las casas, os engañáis, católicos, porque de este modo es como prosperan. Dios mira con ojos mucho mas favorables aquellas felices familias en que cada uno ocupa el puesto que su Majestad le ha señalado. El anciano Jacob ve al tiempo de morir la futura grandeza de sus hijos, porque aunque les anuncia diferentes destinos, solo les pronostica los fines de Dios para con ellos. La prosperidad de las casas no siempre estriba en la fortuna, sino en las cualidades y en la virtud de los que las sostienen. *Si el mismo Señor no edifica la casa, en vano trabaja el que se esfuerza á levantarla* (1); y por eso su decadencia y sus calamidades son como una maldicion que Dios ha unido para siempre al pecado de vuestras vocaciones forzadas: sacrificáis los infelices hijos menores á la grandeza del primogénito, y sucede que los excesos le consumen, que muere sin sucesion, y su nombre se acaba con él y con el sacerdocio forzado de sus hermanos. ¡Cuántas casas ilustres, de que ya no hay memoria, subsistieran aún hoy, si estos sacrificios de la ambicion y del antojo no hubieran arruinado sus cimientos y sepultado su nombre y su grandeza en sus ruínas! Dejád á vuestros hijos en la mano de Dios, católicos, porque no hai para nosotros estado seguro, ni en orden al mundo, ni en orden á la eternidad, sino aquel en que el mismo Señor nos coloca.

(1) *Psalm. 126. v. 5.*

Tercer principio de nuestros engaños en la eleccion de estado. Como este es para nosotros el único camino de salvacion que Dios nos ha preparado, en su eleccion solamente debemos atender á las utilidades que nos pueden resultar para nuestra salud eterna; es decir, que la Religion y la razon quieren que entre todos los caminos escojamos aquel, que atendidas las cualidades de nuestras inclinaciones y flaquezas, nos proporcione mas medios para nuestra salvacion.

No quiero decir que sea preciso retirarse á las soledades, huir de los empleos que mantienen la tranquilidad de los pueblos y la felicidad de los imperios, y negarse á las necesidades del estado, despreciar las profesiones que son útiles para mantener la sociedad, y de las que se forma su orden y armonía; huir como un escollo el sagrado lazo del matrimonio, al que la Religion llama *santo y digno de honor*, con pretexto de que hay estados mas seguros para la salvacion. El silencio, el retiro, y aún la austeridad de los claustros no siempre son la profesion mas segura para todos los hombres: en ella hallaréis mas escollos que en el mundo, si no habéis sido llamados de Dios; la seguridad no consiste en el estado, sino en la vocacion del cielo. Lot permanece fiel en medio de Sodoma, en donde le habia colocado el Señor, para confundir con el ejemplo de un justo los desórdenes de una ciudad pecaminosa; y cae en el monte, donde se detuvo contra la orden del ángel que le queria llevar mas adelante. El retiro os servirá de escollo, si no os lleva á él el Espíritu de Dios; y la corte, de lugar de gracia y santificacion, si os llama á ella la voluntad del cielo.

Lo que quiero decir es, que siendo el principal negocio el llegar á un término feliz, sería necedad el dar preferencia al camino que se elige, solamente por ser de mas comodidad y lucimiento, y no por hallarse en él mas auxilios y proporciones para concluir con felicidad la carrera. Si atendemos á este principio, ¿cuántas vocaciones veremos defectuosas? Y si no, vamos á la raíz: ¿de qué proviene que aquel haya seguido la carrera de la toga? Porque le pareció que haria mejor fortuna por el camino de la magistratura, que en la carrera militar. Por qué sigue el otro la de las armas? Porque su nombre y los servicios de sus mayores le permitian aspirar á los primeros grados, y cualquiera otro partido que tomase, le dejaria en la obscuridad de una vida privada. ¿Por qué uno compra á costa

de todos sus bienes un empleo que le acerca á la persona del príncipe? Porque estando á la vista del soberano, se halla mas cerca del origen de las gracias. ¿Cuáles son los motivos que tiene el otro para inclinarse á la Iglesia? ¿Qué va á buscar en ella, sus tesoros ó sus funciones; sus honores ó sus ministerios; el esplendor del santuario, ó al Dios que en él se adora? No tiene mas señales de vocacion para un ministerio de humildad, que los fines de elevacion y de gloria; para un ministerio de solicitud y de trabajo, que las esperanzas del descanso y de la pereza; para un ministerio de desinterés, de modestia y de caridad, que los proyectos de lujo, de profusion, y de abundancia; y como el infiel Eliodoro, solamente va al templo, porque ha oído decir que en él hallará inmensas riquezas y los santos despojos de los pueblos.

La avaricia es la única que regularmente decide de la variedad de nuestros destinos; porque ademas de que el espíritu de Dios no puede ser autor de estos motivos humanos, una eleccion que es obra de la concupiscencia, no puede ménos de ser favorable al amor propio; si los fines de fortuna, de elevacion, de deleite os han abierto el camino por donde vais, es preciso que en él halléis ocasiones de soberbia, de ambicion, de pereza y de sensualidad, tanto mas inevitables para vosotros, cuanto mas declara vuestra eleccion que sois por desgracia inclinados á estos vicios; y así seréis un mundano sensual, un cortesano ambicioso, un soldado impío, un magistrado injusto, un ministro corrompido, pues solamente habéis elegido el mundo por sus deleites, la corte por el favor, las armas por la libertad, la toga por los vanos distintivos, y el altar por los honores y riquezas del santuario. Dios castigará tambien el desórden de vuestra eleccion, favoreciendo en ella las pasiones que os la inspiraron. Seréis colocados en los primeros tribunales de justicia; conseguiréis el favor del príncipe; seréis distinguidos con todos los honores militares, y ensalzados sobre el trono del santuario; pero estos favores temporales serán dones que os concederá Dios en su indignacion; y como han sido obra de vuestra concupiscencia, serán tambien instrumentos del mas justo castigo.

Pero si es cierto que no debe un gusto desarreglado decidir de la eleccion de nuestro destino, tambien lo es que nunca debe decidir de esta eleccion el respeto humano que violenta

el gusto, y las mas inocentes y naturales inclinaciones que nacieron con nosotros, y que precisamente son obra del Autor de la naturaleza: última causa de nuestro engaño en la eleccion de estado.

Á la verdad, como de esta eleccion depende todo el sosiego y felicidad de nuestra vida, las condescendencias que violentan el corazon en este asunto, son peligrosas; aquellas determinaciones en que tienen mas parte el respeto y el temor de los sujetos de quienes dependemos, que nuestras propias inclinaciones, siempre traen consigo el arrepentimiento y la amargura; todo lo que se determina en este particular sin nuestra inclinacion y como contra nuestra voluntad, no puede tardar mucho en ser desaprobado por nosotros mismos.

Ahora bien, ¿no es este respeto humano el que motiva casi siempre la decision de nuestro destino, y el que nos fuerza á resoluciones que desapruera nuestro corazon? Uno toma el partido de las armas, y sigue un camino de que le apartan mil razones de temperamento, de gusto, de conciencia, y aún de interés, solamente porque siendo de distinguido nacimiento, le parece impropio dedicarse á los cuidados domésticos, y porque el mundo tendria este sosiego por una indigna cobardía. Otro prefiere un peligroso celibato á un matrimonio que le degradaria de su honor en el mundo, y quiere mas exponerse á todas las resultas de su fragilidad, que afrontar su nombre con un enlace desigual. Otro, sin tener inclinacion alguna al retiro, se consagra al Señor por pura soberbia, porque no teniendo para mantenerse segun su clase, ni con que establecerse en el mundo, el santo retiro le parece mas honroso á la vista de los hombres, que una fortuna baja y oscura.

Casi ninguno decide de su suerte segun su corazon; y aunque sea dueño de sí mismo, elige el estado, gobernándose por el temor del mundo y de sus juicios. En la tierna edad se mira como ley la voluntad de aquellos á quienes se debe la vida: no nos atrevemos á manifestar deseo alguno que se oponga á sus designios; procuramos ahogar nuestra repugnancia, que presto llegará á ser delito. Hay algunos padres tan bárbaros é inhumanos, que por elevar á uno de sus hijos sobre sus antepasados, y hacerle ídolo de su vanidad, no reparan en sacrificar á los demas y precipitarlos en el abismo; apartan del mundo á los hijos, que no tienen mas vocacion, ni mas amor al retiro